

Vuestra ponzoña en el alma.
Los zelos son ¡ay de mí!
Mil dolores: zelos son
De mi mal la causa, sí,
El mal que sufro hasta aquí
En mi pobre corazón.
Si es que rendirse no puede
A mi amor su ánima esquiva,
Con sus ilusiones viva,
Con sus memorias se quede;
Mas si otro amor la cautiva,
Si no bastándola el mío,
En otro amorosa piensa
Con criminal desvarío,
¡Oh! el hilo de su desvío
Me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE, ZELINA.

Conde. ¡Hola! bienvenida, mora.
Zel. Hame dicho mi señora
Que era vuestra voluntad . . .
Conde. Oírte, sí, sea en buen hora:
Veamos tu habilidad.
Zel. La música es un consuelo
Que calma nuestra inquietud.
Conde. Siempre como don del cielo
La miré.
Zel. Aleja el desvelo
Y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
Con ella me le procuro
Y adormece mi dolor;
Canto mis cuitas, mi amor,
Y dichosa me figuro.
Conde. ¡Conque amas?
Zel. Sí, con fatal
Eleccion.
Conde. ¡Luego el objeto
De tu amor te paga mal?
Zel. Sí, mas con razon.
Conde. ¡Con cuál?
Zel. Este es, señor, mi secreto.
Conde. Quiero respetarle, pues;
Mas yo no soy un tirano,
Y si con mi empeño ves
Que mas fácil . . .
Zel. Así es;
Pero intentarlo es en vano.
Conde. En curiosidad me ponen
Tus palabras, pobre mora.
Zel. Tales ruegos se interponen,
Que hará mi lengua traidora
Si á mi silencio se oponen.
Conde. No insisto mas si te enojo.
Zel. Os agradezco el favor.
Conde. Dicen siempre que el amor
Es de zarzas un manojito.
Zel. ¡Y la música, señor?
(*Preudia la mora en el harpa.*)
Conde. Tienes razon; ya te escucho,

Con mi cansancio aunque lucho.
Zel. (Zelina, esta es la ocasion.)
Conde. Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la cancion.
Zel. (canta.) “¡Ay del que fia insensato
“En el amor de una bella,
“Si guarda en silencio ella
“Ponzoña en el corazón!
“¡Ay del que infiel
“Adora á una hermosa que no le ama á él!”
Conde. Deja cantigas de amor,
Y mas si son lastimeras.
Zel. ¡Qué cantaré?
Conde. Lo que quieras:
No endechas, que es la mejor
• Un tejido de quimeras.
Zel. (canta.) “¡Ay del que fia insensato
“En aposento que tiene
“Dos puertas por donde viene
“Y se esconde la traicion!
“¡Ay del que infiel
“Conserva la jaula y el ave no es dél!”
(*El conde presta cada vez mas atencion al cantar de la mora: cuando esta concluye, el conde ha recorrido con la vista el aposento y visto las dos puertas.—La mora sigue preudiando hasta que el conde al mirarla la sorprende con la vista clavada en él.*)
Conde. (ap.) ¡Qué escucho! ¡es esto un aviso?
Zel. (ap.) Lo ha comprendido. Venci.
Conde. (ap.) Traicion escondida aquí,
Sin duda advertirme quisio.
Siendo de enemiga casta
El esclavo y el señor . . .
(*La mira, etc.*)
¡Hola! al buen entendedor
Media palabra le basta.—
¡Zelina?
Zel. ¡Qué me mandáis?
Conde. ¡Quién te enseñó la cancion
Que he escuchado?
Zel. Un bofetón.
Conde. ¡Tales maestros usais
Los moros para cantar?
Zel. Nos los prestan los cristianos,
Que tienen largas las manos
Y nos hacen estudiar.
Conde. Vosotros en recompensa
Les mostrareis . . .
Zel. Que un secreto,
Vale mucho bien sujeto
Con los nudos de una ofensa.
Conde. Y el secreto al denunciar,
Tendreis ya medios seguros.
Zel. Las ventanas y los muros
Que nunca podrán hablar.
Conde. La revelacion empieza,
Y ve que vale en verdad
Lo cierto la libertad,
Y lo falso la cabeza.
Zel. Señor . . .
Conde. No tiene otro fin.
Zel. Pues bien, quien usarla sabe,

ESCENA XII.

ZELINA.

¡Oh! echado habias, señora,
Muy torpemente la cuenta,
Que es un guarismo una afrenta,
Y muy esacta una mora.
Sin esa injuria cruel,
Yo con mi dolor callara,
Mas ya estamos cara á cara
Yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
Bajo poder tan tirano,
Adiestra mucho la mano
Y adelgaza la virtud.
Cuando querais escondidos
Vuestros secretos tener,
Procurad, necios, haber
Siervos sin ojos ni oidos,
Y esclava buscad menguada,
Cuyo descuido indiscreto
No sepa con un secreto
Vengar una bofetada.

ESCENA XIII.

ZELINA, ARGENTINA.

Arg. ¡Y el conde?
Zel. Fuése indignado.
Arg. ¡Indignado! ¡mas por qué?
Zel. Mi cancion sin duda fué
Lo que tanto le ha enojado.
Arg. ¡Ira de Dios!
Zel. Hice yo
Lo que pude en mi cantar;
Mas no le debió agradar,
Que á la mitad lo dejó.
Arg. ¡Sin pajes? . . .
Zel. Tal fué su enojo,
Que ni á esperar su litera
Logré que se detuviera.
De enfermo fué algun antojo.
Arg. (Pues tal antojo me agrada.)
Zel. ¡Os entraré á desnudar!
Arg. No. Vete.
Zel. ¡Vais?
Arg. A rezar.
Zel. Entonces no digo nada,
Buenas noches.
Arg. Dios te guarde.

ESCENA XIV.

ARGENTINA.

¡Por qué con tanta opresion
Me palpita el corazón
Acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
Mas ojalá no viniera;
Mi alma le ansia, le espera,

Mas se avergüenza mi fé.
Ese noble castellano
Me antepone á todo, sí,
¡Y he de pagarle ¡ay de mí!
Con proceder tan villano?
A Francia, me dijo, irás,
Donde quieras, porque al cabo
Yo siempre seré el esclavo,
Y tú la reina serás.
Conoce mi desamor
Y respeta mi secreto,
Yo tambien tendré respeto
A lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
Pero verá mi esquivéz,
Y será la última vez
Que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor,
A mi corazon traidora,
Y que parta con la aurora
El osado seductor.
Cierro y aguardo serena
La hora del sacrificio...
¡No sé si mi pobre juicio
Podrá con tan honda pena!
Mas oigo abrir el cancel:
Sí, suben el caracol...
(Escuchando.)
Y aun no hizo seña el farol:
¡Oh! sí, le conozco; es él.

ESCENA XV.

ARGENTINA, LOTARIO.

Arg. ¡Lotario!
Lot. ¡Argentina mia!
Arg. ¡Silencio! ¡Cómo has osado
Sin que yo te haya avisado?...
Lot. Esperar mas no podia.
Del conde ví la litera
El jardin atravesar,
Y no pude refrenar
Mi impaciencia. Tal vez era
Mucho arriesgada mi accion;
Mas perdona, hermosa mia,
Desde el jardin te veia
Por ese abierto balcon.
Sabiendo que me esperabas,
Dije: "Prevenida está,
Pues que me llama."
Arg. Y quizá
Con una ilusion gozabas!
Lot. ¡Con una ilusion?
Arg. Sí, sí:
Todo es mentira, Lotario;
Con el alba es necesario
Que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
Huye de Burgos, y mira
Que ha sido mi fé mentira,
Mentira todo mi amor.
Lot. ¡Mentira dices que fué!

Las lágrimas de tus ojos
Desmienten esos enojos
Que finges... no sé por qué.
Arg. ¡No lo sabes ¡insensato!
Y en Burgos soy la condesa?
Lot. ¡Y tanta anterior promesa
De tu amor?
Arg. ¡Y mi recato?
Lot. Por fuerza tu padre vino
Tu mano al conde á ofrecer.
Arg. La fuerza no puede hacer
Menos cierto mi destino.
Lot. No le amas.
Arg. Guardo su honor.
Lot. Tu corazon es primero.
Arg. Yo á mi pasion le prefiero.
Lot. Argentina, eso es amor.
Yo dia y noche he corrido
Por verte, ¡oh necia locura!
Y á tu palacio ¡perjura!
Me has llamado y me has vendido.
Sí, yo en la corte, dichosa
Te hubiera visto mañana,
Y al ver tu esquivéz tirana,
Me hubiera vuelto á Tolosa.
Yo maldijera quizá
Tu inconstancia ó tu capricho,
Mas siempre me hubiera dicho:
Al fin, bien casada está.
Mas comprendo tu traicion;
Para creer en tu fineza,
De Lotario la cabeza
Te pondrá por condicion.
Y tú, tan pérfida ya
Como ese vil castellano,
Vas á ponerla en su mano
Con complacencia quizá.
No, si tu intencion es esa,
No eres tú la que yo amé,
Ni por quien aquí llegué,
Ni Argentina, ni francesa.
Arg. ¡Qué delirio te trastorna!
¡Venderte yo que te adoro,
Que atropello mi decoro?
Lot. Gracias al cielo que torna
A tu mente la razon;
Pues mi falso desvario
Te hizo confesar por mio
Tu rebelde corazon.
Ya me lo has dicho; me adoras;
Yo te arranqué á tu pesar
El secreto que ocultar
Me querias... mira... lloras,
Y las lágrimas no salen
Sino de un alma apenada,
Y yo, Argentina adorada,
Sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
Por mi fingido furor;
Confiesa por fin tu amor,
Porque no sabes fingir.
Arg. ¡Oh! sí, te adoro, es verdad;
Tu imágen de mi memoria

No se apartó, fué mi gloria,
Mas cállalo, por piedad.
Siento que tu amor me vengza,
Que mi obligacion mancilla,
Y esa confesion me humilla,
La ingratitud me avergüenza.
Lot. La ingratitud, ¡y con quién?
¡Tú has dicho á ese castellano:
Tuya soy? Lleve mi mano,
Dijiste, á quien se la dén.
Tu padre por su interes,
Por miedo acaso á una guerra,
Compró un puñado de tierra
Ofreciéndote á sus piés.
Te echó de tu dulce Francia,
Y te arrancó de mis brazos,
Sin ver que hacia pedazos
Los sueños de nuestra infancia.
Pues bien, tú cumpliste ya,
Te casaste con su gusto,
Que el tuyo se cumpla es justo;
Si quieres se cumplirá.
Tú eres la heredera sola
De Tolosa, su condao
Para tí está reservado,
Y no has nacido española.
Huyamos de España, pues;
Tu herencia y persona en vano
Reclamará el castellano
Cuando en Roquefort estés.
Que el moro con cruda guerra
Su venganza atajará,
Y el pobre conde harto hará
Con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
¡Y tu padre qué ha de hacer?
Nada le da que temer
Del conde el inútil reto.
Arg. Mentiria si te dijera
Que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
Que es á fé muy lisongera;
Mas...
Lot. ¡Qué dudas! Argentina.
Traigo gente, intrepidez
Nunca me faltó.
Arg. Tal vez
Tu confianza te alucina.
Lot. ¡No me amas!
Arg. No digas tal,
Lotario, cuando aun te escucho:
Pero me rinde, aunque lucho,
Presentimiento fatal.
Lot. ¡Necios agüeros, quién cree?
Con valor, ¡qué hay que arriesgar?
Arg. Déjame reflexionar,
Y yo me resolveré.
Lot. La tregua será muy corta.
Arg. Solo un dia.
Lot. Uno no mas.
Arg. Mañana...
Arg. Al jardin vendrás
Como hoy.

Lot. Mucho es, mas no importa.
Arg. Irrevocable ha de ser
Mi decision.
Lot. Sí, á fé mia
Arg. Ea pues, sal, que está el dia
Muy prócsimo á amanecer.
Lot. Adios, amor mio.
Arg. Adios,
Mi Lotario, y por tu vida
Que te guardes bien.
Lot. Descuida.
Que... voy de la dicha en pos.
(Mientras Argentina despide á Lotario, que se va
por la puerta secreta, el conde asoma por el ca-
marin de la mora, y al volverse Argentina, des-
pues de haber vuelto á cerrar la puerta, se en-
cuentra cara á cara con él, que se llega á ella y
la toma por el brazo con frialdad.)
Arg. (aterrada). ¡Cielos!
Conde. Le dejo salir:

Con mi coraje aun lucho,
Porque á tí te quiero mucho
Y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
Te arrastraran los conjuros,
Cenizas haré los muros
De Tolosa y Roquefort.
(Argentina cae de rodillas y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

EL CONDE, SENTADO EN ACTITUD DE ATENCION AGRADABLE. ZE-
LINA CERCA DE EL, PERO ALGO HACIA SU ESPALDA, SENTADA EN
UNOS COJINES, CANTANDO AL HARPA.

(Preludio largo.)

Zel. (canta.) "Auras de Abril, si algun dia
Cruzais murmurando el mar,
Decid á la patria mia
Que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció su libertad.
Decid del tostado moro
En el campesino adoar,
Que el bien que en secreto adoro
No me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
Id al Africa, y contad
Que aquí dichosa una mora
Despreció la libertad."
Conde. Dichosa tú si en tu labio
No miente tu corazon,
Que olvidas tu condicion,

Tu esclavitud y tu agravio
Al compas de una cancion.
Zel. La música es un consuelo
Que sosiega la inquietud,
Y amor, que es hijo del cielo,
Puede hacer flores del hielo,
Placer de la esclavitud.
Conde. ¡El amor! solo ha brotado
Rudas zarzas para mí,
Que el corazon me han llagado.
Zel. El objeto habreis errado
De vuestro amor.
Conde. Lo erré, sí.
Zel. Amor es Dios, y jamas
En sus fallos se equivoca,
Y las almas á quien toca
Con su harpon, lleva detras
En rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivéz
Estrechan dos corazones
A aborrecerse, y tal vez
Por esta misma estrechez
Empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fé y tierra
Acerquen mucho á otros dos,
Si en ellos amor no encierra
Su aficion, siempre ¡por Dios!
Se harán invencible guerra.
Conde. Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
Mi corazon se rindió;
Mas el suyo no tocó
Amor, y mi afan fué vano.
Zel. Tambien me sucede así,
Señor; alcancé un objeto
Digno de mi amor, le dí
Mi corazon, y ¡ay de mí!
Mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
Ni manifestar mi fé,
Continuamente pasar
Le veo acaso, me ve,
Y pasa y . . . rompo á llorar.
Conde. ¡Pobre esclava! tus servicios
Merecen mi gratitud;
Yo sé que á tus sacrificios,
A tus desvelos y oficios
Debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
Tendida al pié de mi lecho,
Noches de vela afanosa
Has pasado cuidadosa
Desvelada en mi provecho.
Y sé tambien que tu mano
Con tierno afan me ofrecia
El bálsamo soberano
Que la salud me volvia,
Mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivéz
Te mira el hombre á quien amas
Por tu condicion tal vez,
Habla, Zelina; á las damas
Te igualaré de mas prez.

Te daré la libertad,
Y mis tesoros con ella,
Te haré tan noble, en verdad,
Que envidie tu vanidad
La cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
Aun no le rindes, Zelina,
Y tuerces tanto desvío,
Serás con ese hombre frio
Lo que yo con Argentina,
Un ser inútil, menguado,
A quien sobra un corazon
Ardiente y enamorado,
Que su amor ha equivocado
Y que pide compasion.
Zel. Nosotras las africanas
Somos, señor, muy altivas,
Y en esas almas tiranas
Queremos, aunque cautivas,
Entrar como soberanas.
Esos afeites postizos,
Son reclamos hechadizos
Que desdeña mi ambicion:
Para vencer con hechizos
Me basta mi corazon.
Si el fuego que en él se encierra
No me conquista mi amor
En franca amorosa guerra,
Nunca ha de faltarme tierra
Sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
Con mis necias relaciones;
¿Qué sabe una esclava ruda,
De lo que rompe ni anuda
Tan sublimes aficiones?
(*Hace que se va.*)
Conde. No, por mi vida, Zelina,
No te apartes de mi lado;
Tu voz es tan peregrina,
Que da á mi fé mortecina
Un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
Del triste error de mi esposa,
A ser mi guia, mi amigo,
Que esta ofensa vergonzosa
Quiero consultar contigo.
Crece, oyéndote, mi fé,
Crece, oyéndote, mi amor
A la ingrata que adoré,
Y al fin la perdonaré
Si me hablas en su favor.
Y tú, que como ella hermosa,
Y como yo enamorada
Ves mi situacion penosa,
Sé entre el esposo y la esposa
Medianera y abogada.
Zel. Yo no sé nunca rogar
Ni por otros ni por mí:
Yo, cual sé en silencio amar,
Cuando una ofensa sentí
Me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
Señor, que os hable en su abono;

Mi corazon es tan fiero,
Que cuando odio y cuando quiero,
Ni me olvido, ni perdono.
Conde. Eso te dice, Zelina,
Tu corazon africano,
Que á la venganza se inclina.
Zel. Y eso el honor determina
Que haga un noble castellano.
Ese atrevido frances
Que entró una noche en su cuarto,
Contándolo irá despues,
Y con una afrenta es harto
Para quien honrado es.
Conde. Pues la muerte le haré dar,
Y callaré su arrogancia.
Zel. ¿A él solo habeis de matar?
¿Creéis que, nacida en Francia,
Ella os lo ha de perdonar?
Conde. ¡Esclava!
Zel. El vulgo insensato
Será fuerza que se asombre;
No faltará un mentecato
Que pregunte sin recato:
¿Por qué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz,
Estendida en breve espacio
De la ciudad en la haz,
Vendrá á retumbar tenaz
Dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podeis responder?
Nada, y con eco infinito
Lo que era murmullo ayer,
Crecerá hasta ser un grito
Que diga . . . ¡por su mujer!
Conde. Tienes razon, ¡ay de mí!
¿Mas la amo tanto!
Zel. Eso sí;
Todo el amor lo perdona,
Todo lo olvida y lo abona . . .
No en Africa . . . eso es aquí.
Conde. ¡Esclava! tú la aborreces,
Y por eso me aconsejas
Lo que tú sola mereces;
No insistas, pues, muchas veces.
Zel. (*con ironía.*) ¡Oh! si yo así vuestras quejas
Oyera tan sin piedad
Como me acabais de oír
Mi parecer, en verdad
Que con vuestra enfermedad
Concluyérais por morir.
Consultad, pues, vuestro amor,
Y no vuestros intereses,
Y de ese modo, señor,
El castellano valor
Despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla,
Esclava de los placeres,
Ante sus damas se humilla,
Y contra vos con mancilla
Harán levás de mujeres.
Conde. Ten la lengua, ¡vive Dios!
Que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.

Zel. Mas tened cuenta que á vos
No os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
Una venganza buscad,
Pronta, sí, pero segura,
Donde el vulgo que murmura
Adivine la verdad.
Conde. Pues bien, busca tú el camino;
En ese crimen mezquino
Yo tener parte no quiero;
Sentenciaré justiciero,
Mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
Da el encargo á algun villano,
Y hazle tú misma cumplir,
Si es que le quiere admitir
Algun pobre castellano.
(*Ruido dentro.*)
¿Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO.

Cab. Señor,
Por esos montes vecinos
Se ve cada vez mayor,
De hogueras el resplandor
Que encienden los campesinos.
Conde. ¡Vive Dios! esas hogueras
Nos avisan que los moros
Pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
Y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
Para salir á afrontarlos:
¿Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio; y al punto
Que se ensillen mis caballos!
(*Váse el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE, ZELINA.

Zel. ¿Vais al combate, señor?
Conde. Sí, que es cumplir con mi oficio.
Zel. Ved que aun os falta vigor.
Conde. Me aprovecha el ejercicio,
Y la guerra es el mejor.

ESCENA IV.

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO.

Conde. ¡Hola! os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo mas fiel;
Mientras que yo esté lidiando,
De Burgos tendreis el mando:
Si muero, alzaos con él.
Egid. Don García, ¿y la condesa?
Conde. Egidio, es mi voluntad;
No quiero que en mi ciudad

Mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE, ZELINA:

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien
Y mis palabras no olvides;
Esa venganza deten.
Si ese hombre viene á palacio
Esta noche, haz que le prendan,
Mas cuenta que no le ofendan
De mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
De mi casa; en ella ahora
Mandarás como señora:
Pero peligra tu cuello,
Si me vendes . . . oye, pues.
Si muero en esta jornada,
Enviarás á esa menguada
A Francia con su frances.
Guárdalos presos si no;
Que es tanto lo que la quiero,
Que la perdono, si muero;
Sí: logré otro lo que yo
De ella jamas alcancé.
Y que me lo deba á mi:
¿Entendistes?

Zel. Sí, á mi fé.

Conde. Todo cederá ante tí
Con ese anillo ducal:
Ese tu cabeza escuda,
Y á tenerla de hoy te ayuda
En los hombres bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA:

Está bien; si acaso muero
Váyanse á Francia los dos . . .
Y quien pierda ¡vive Dios!
Seré yo sola . . . no quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
Su venganza acallará,
Y de su amor volverá
A encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
Mientras no pueda él tornar;
Yo mi amor sabré vengar
Prestando su mancilla.
No; entonces ¿qué adelantaba?
Tarde ó pronto esa mujer
Volviere orgullosa á ser
La señora y yo la esclava,
Volviere sobre mi faz
Con ira á poner su mano,
Y con sarcasmo inhumano
Volviere á decirme audaz:
"Silencio, esclava. Naciste
De moros hija, y cautiva,

Piensa que solo estás viva
Porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
Cantar es tu obligacion;
Canta y dí á tu corazon
Que encarocele sus pesares."
Y sujeta á sus antojos
Volveria yo á cantar,
Y en mi rabia á devorar
Las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
Cara á cara y por igual,
Y alcance el triunfo cabal
O la francesa ó la mora.
Hassan!

ESCENA VII.

ZELINA, HASSAN.

Zel. Conoces el sello
Que el conde acostumbra á usar?

Hass. Sí, como el perro el collar
Con que le amarran el cuello.

Zel. ¿Harás, pues, cuanto disponga
Quien con él ciña su dedo?

Hass. ¿Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.

Zel. Mira.

Hass. ¿El anillo! Sultana,
A vuestro esclavo mandad.

(De rodillas.)

Zel. Sírveme bien, y mañana
Cobrarás la libertad.

Hass. Bella Hourí que el paraíso
En mis yerros me haces ver,
¿Quién te dió tanto poder?

Zel. Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende, ó cuéntate muerto,
Si has de vivir junto á mí,
Que tan siervo eres aquí,
Hassan, como en el desierto.

Hass. ¿Perdon, sultana, perdon!

Zel. Levanta y escucha bien.
Este desde hoy es mi haren,
Guardarle tu obligacion.
La que hasta aquí fué señora
Desde este punto es la esclava,
Y el puesto que ella ocupaba
Le ocupa desde hoy la mora,
Ningun cristiano querria
Tomar tal cargo sin mengua,
Y á mas ninguno sabria
Poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?

Hass. Sí.

Zel. La francesa
De su misma habitacion
En el último salon
Bajo esta llave está presa.
Tómala; y hazla salir.

(Hassan entra en la habitacion de la condesa.)

ESCENA VIII.

ZELINA, DESPUES ARGENTINA, HASSAN.

Zel. Ahora saber es preciso
Si al cabo sin otro aviso
El frances ha de venir.

Arg. ¿Aquí Zelina? (Saliendo.)

Zel. Aquí estoy.

Arg. Creia . . .

Zel. Que el conde fuera
Quien os llamase.

Arg. Eso era.

Zel. Pues no, condesa, yo soy.

Sentaos. Esclavo, sal.

Arg. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?

Zel. Llaves pone á su tesoro
A su gusto cada cual.

Arg. Nunca al conde poner ví
Su confianza en tal gente.

Zel. Condesa, no es al presente
El conde quien manda aquí.

Arg. No entiendo . . .

Zel. ¿No habeis oido

Los atambores tocar?

Pues tras ellos á lidiar

El conde al campo ha salido,

y me deja en su lugar.

Arg. ¿A tí? (Con desprecio.)

Zel. A mí; mirad su anillo

Ante el cual todo se humilla;

Ya veis que soy en Castilla

Cautiva de horca y cuchillo.

Arg. ¿A tí el conde ese favor?

Zel. A mí, y en vuestra presencia.

¿No es verdad que la insolencia

No puede ya ser mayor?

¿No es cierto que necesita

Mucha destreza, señora,

Para subir una mora

Desde esclava á favorita?

¿No lo entendeis? La jugada

Es cosa, á fé, de sorpresa.

Pero muy pronto, condesa,

Olvidais mi bofetada.

Arg. Esclava: ¿olvidas quién soy?

¿Olvidas que ese descaro

Puede costarte muy caro?

Zel. Ayer pudiera, no hoy.

Arg. De mi boca una palabra

Puede costarte la vida.

Zel. Decidla, si sois servida;

Mas no haya miedo que se abra

Esa puerta á vuestra voz,

No; yo os tengo en mi poder,

Y del bofetón de ayer

El desquite será atroz.

Arg. ¿Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,

Amenazarme?

Zel. Quién sabe.

¿Conoceis bien esta llave?

Arg. ¡Cielos!

Zel. Si un mozo gentil (Con ironía.)

Oculto en ese vergel
Una noche os esperara,
Decid, ¿no os acomodara
Para abrir ese cancel?

Arg. ¡Ah! ¿tú tambien me haces cargos!

¿Quién te contó, desdichada,
Mi afrenta?

Zel. Una bofetada

Puede hacer de un topo un Argos.

Arg. ¿Conque tú misma? . . .

Zel. Yo, sí:

Cuando con la luz entré,

Ver al que entró no logré,

Mas sus palabras oí.

Ademas, no se os esconde

Que siendo yo su cautiva,

Debo por mí, mientras viva,

Velar el honor del conde.

Arg. ¡Mucho miras por su honor!

Zel. Aun mas de lo que os parece.

Arg. Y mucho tu audacia crece.

Zel. Va á la par con mi favor,

Y á tan encumbrada altura

Intento con él llegar,

Que nadie me ha de alcanzar,

Si lo que pienso me dura.

Arg. Pues asegura tu puesto;

Porque te quiero advertir

Que tras de tanto subir

Será caer muy funesto.

Zel. Estoy ya bien prevenida,

Y no quedará en el orbe

Ni un esclavo que me estorbe

La bajada ó la subida.

Mas no temais, recobraos;

Quiero yo ser, sí, por Dios,

Mas generosa que vos.

Arg. No te comprendo.

Zel. Acercaos.

Dijome el conde al partir:

"Sí en esta jornada muero,

Con ella, Zelina, quiero

Que á Francia le dejes ir.

Guárdalos presos si no."

Ahora bien: muerto ó triunfante,

De esta noche en adelante

Que no os vea quiero yo.

Os ama con ceguedad,

Y si os escucha, os perdona,

Que todo el amor lo abona . . .

En quien ama con verdad.

En cuanto á él, es otra cosa:

Si vuelve le hará morir;

Y á fé que le hará sufrir

Muerte dura y afrentosa.

Escoged, pues; si os quedais,

Todo lo recobrareis,

Mas no le satisfareis

Si á ese galan no matais.

Arg. ¡Oh! no. Nunca.

Zel. Querrá el conde

Que á ello deis consentimiento;

Solo esa prueba responde